

RAFAEL ULACIO SANDOVAL

WELTLITERATUR. LITERATURA UNIVERSAL O FIN DE LA LITERATURA

Adolfo Segundo Medina

Pensaba Goethe que algún día habría una literatura universal, algo así como la fusión de todas las literaturas nacionales, regionales o locales en un solo ideal, digamos, como si cada una, con sus particularidades específicas de estilo, idioma, tradición, cultura, participara en una gran orquesta interpretando la sublime sinfonía de la Vida. Cada una un instrumento, un sonido distinto, pero armónicamente engranadas, guiadas por la varilla de ese ideal, y este ideal, a nuestro modo de ver, no podía ser otro que el del hombre total, pleno, libre, desmitificado y por ende sin miedos, es decir, consubstanciado dialógicamente en la multiplicidad con la presencia de lo posible y lo imposible; lo imposible en términos de ese algo que habita como origen, como anterioridad y permanencia, imponiéndose desde las profundidades de lo oscuro —que es iluminación—; de ese algo que en todas las etapas de su vida —niñez, adolescencia, madurez— Goethe buscó “a través de caminos diferentes [—la religión, natural y positiva, el arte, la fe, el amor—y que él intuía estaba ahí], en la naturaleza animada y sin espíritu, en la viva y en la muerta... que sólo se manifestaba en contradicciones y que, por tanto, no podía ser concebido mediante ningún concepto, ni captado por ninguna palabra [Ese algo que] no era cosa divina, pues parecía irracional; tampoco humana, pues carecía de entendimiento; ni diabólica, puesto que era generosa; ni angelical, puesto que frecuentemente se complacía en el pesar. Se asemejaba al azar, pues carecía de consecuencia; tenía parecido con la profecía, puesto que apuntaba a relaciones, [que parecía penetrar] todo lo que nos rodeaba y parecía disponer arbitrariamente con los elementos más necesarios de nuestra existencia; reunía a los tiempos y abría los espacios. Parecía complacerse únicamente en lo imposible, rechazando con desprecio lo posible. A ese ser, que se imponía sobre todos los demás, [y que él,

Goethe, llamó] demoníaco, para distinguirlo, para determinarlo, siguiendo el ejemplo de los antiguos y de aquellos que habían advertido algo semejante" (J.W. Goethe)¹.

Este ideal se presenta como un contrasentido en el marco del pensamiento occidental que todo lo plantea en términos de incompletitud, lo que justifica la búsqueda perenne justamente de eso que execra de su ámbito cartesiano. Pero Goethe es occidental, quizás por eso René Wellek y Austin Warren consideran que "el propio Goethe comprendió que se trataba de un ideal muy remoto, que no hay nación que esté dispuesta a renunciar a su individualidad"².

Este no era el pensamiento de Goethe. Tal vez haya pensado en la remotividad del ideal, pero, justamente, no por la razón que exponen los dos investigadores, ya que no se trataba de renunciar a la individualidad sino de incorporarla a la orquesta para que su musicalidad fuese más majestuosa.

Además, no se trataba de renuncias de ninguna especie, pues ¿cómo podemos renunciar a lo que aún no poseemos dado que andamos en su búsqueda? No hablaba Goethe de renunciar a lo que por circunstancias fortuitas y eventuales hubiésemos podido adquirir. El hombre puede seguir acumulando eso que para él significa – cree que significa – su perpetuación: bienes-objetos – más bien significa su anulación en tanto al bien-objeto se traslada su justificación del vivir –, y puede, en algún momento, renunciar a ello, pero esta renuncia no es la patente de corso para acceder a la consubstanciación con la Presencia Oculta. Así que no es renunciando a esa individualidad nacional, cultural, representada en un patrimonio, en un legado, como se constituirá el Hombre que Goethe hubiese podido proponer y a partir del cual surgirá esa literatura universal como expresión de la polifonía de la Vida.



Ahora bien, a pesar de Wellek y Warren, quizás estemos en el umbral de una Literatura Universal, no ahora como la concebía Goethe, pero sí en los términos en que los dos teóricos consideran que no puede darse: renunciando a la individualidad. Claro que esta renuncia no es una renuncia consciente, o sí lo es porque se cree que se continúa manteniendo – o se

1 Citado por W. Benjamín en: DIE WAHLVERWANDTSCHAFTEN DE GOETHE, publicado en: SOBRE EL PROGRAMA DE LA FILOSOFÍA FUTURA Y OTROS ENSAYOS. Monte Avila Editores. Cs. 1970. Pág. 43.

2 WELLEK, René/Warren, Austin: TEORÍA LITERARIA. Editorial Gredos. Madrid, 1966.

lucha por mantener— la individualidad, sólo que esa individualidad no es ya una individualidad ancestral; es otra que se ha ido imponiendo desde afuera, desde otros ámbitos que no son los que, a partir de mi espacio, de mi referencia cultural primigenia, pueden ir gestándose y abriéndose en la medida de mis aspiraciones, las más íntimas.

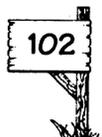
Preguntémosnos: ¿Cómo y cuál es la individualidad hoy día? ¿Cómo tendríamos que definir la individualidad cultural de cada nación cuando en todas partes hay una suerte de homologación en el pensamiento, en la cultura? Por igual, en todos los rincones del mundo, se han ido modificando valores gastronómicos regionales propios que identificaban, justamente, la individualidad de cada pueblo o cultura en este sentido. Los Hot Dogs, Hamburguers, Rice Chinnesse, Gatorade, Pepsi y Coca Cola, Pizzas, Croissants, Spaguetis y demás comidas rápidas se imponen como formas unificadoras del comer, sustituyendo las particularidades del arte culinario. Por igual, en todos los rincones del mundo, se implantan formas estereotipadas en el vestir que a todos nos uniforman: blue jeans, calzado deportivo y casual Nike, Timberland, Addidas, Kickers, Reebok. Por igual, en todos los rincones del mundo, se han ido sustituyendo las formas recreativas, de diversión y festivas cuyo sentido era complementario del hacer diario, por las maquinatas de juego y Nintendos, partidos de fútbol, beisbol, basketbol, ciclismo, automovilismo, cuyo objeto es mermar las posibilidades de evasión hacia adentro de ese afuera que atormenta, produciendo la evasión hacia afuera de un adentro que libera. Por igual, en los cuatro puntos cardinales, para hacer la vida “más llevadera”, es decir, para disponer de mayor tiempo y mejor disposición para producir, se recurre a las “bondades” de la tecnología: neveras, acondicionadores de aire, hornos microondas, teléfonos, faxes, computadoras, cafeteras y sacapuntas eléctricos, licuadoras, detergentes, medicinas, ayudantes de cocina, cremas rejuvenecedoras, aviones supersónicos, cámaras de video, sintetizadores acústicos, bisturíes de rayos laser, cuchillos que cortan hasta el hilo de la vida, desmanchadores que desaparecen las manchas del crimen y del peculado, luces para abolir la oscuridad —y con ella lo oculto—, cápsulas para eliminar el cansancio, la impotencia, la esterilidad, la locura; simuladores de la realidad para escapar del tedio. Por igual, en los cuatro puntos cardinales, se piensa que la felicidad se levanta sobre el pedestal de la riqueza, por lo tanto hay que obtenerla y acumularla: dinero, oro, en bancos, en bienes, en efectivo, en papeles, en bonos, en acciones, en títulos, en tarjetas, en fin, en dólares. Por igual vivimos a la expectativa de un mundo por venir, prometido, pregonado hasta el cansancio, un

mundo iluminado –con luz artificial–, abundante –¿de idiotas?–, pleno –de inhumanidad–. He ahí la individualidad que ahora campea y por la cual los pueblos derraman su sangre.

Quizás no en la forma como la concebía Goethe, la literatura, así como todas las demás manifestaciones del pensamiento, transita el sendero que conduce a una individualidad orweliana, y no será por obra del comunismo, al que se le tuvo tanto miedo por esas mismas proposiciones uniformadoras, homologantes –por lo menos el comunismo que conocimos en la Europa Oriental. No será por imposición a la fuerza de un despotismo como el estalinista. La unificación del pensamiento se va dando –se está dando– por vía de una sutil manipulación de la conciencia y la subconciencia de todas las culturas, por vía de la falacia que es el cuento ese de la incorporación de todos a la modernidad, a la era del microprocesador. ¿Qué es la post-modernidad sino un caos fabricado ex-profeso –in vitro– y regado en las aguas del pensamiento para producir la confusión, la desesperanza en los más débiles y así, sin recurrir a la fuerza, obligarlos a buscar asidero, un respiro por lo menos –patadas de ahogado– en la “verdad” que se propone desde los centros hegemónicos de dominio? Por las autopistas de la información viaja el virus de la homologación. Por fortuna nos dan el único chance de “escoger” la única vía. No entrar al círculo, al circuito, en esa vía superrápida es la muerte, pero una muerte ignominiosa. Ni siquiera tenemos la opción de morir con honor. El honor no existe más sino cuando alcancemos el nivel de quienes dominan y eso será nunca porque nunca se permitirá que haya más dominadores que dominados ya que eso significaría el fin del dominio.

“A lo largo de toda su historia, nuestra sociedad occidental se ha definido invariablemente por unas aspiraciones muy concretas; la búsqueda y el logro de la máxima eficacia, del rendimiento y de la utilidad más absolutas; en otras palabras, por la conquista del saber y del poder regida por la mezquina lógica utilitaria necesaria para la supervivencia misma de este tipo de sociedad que se constituye en sistema económico de reserva que no arriesga absolutamente nada”³.

El pensamiento occidental –la filosofía, la ciencia, el arte mismo y con él la literatura– dominante, hegemónico, logocéntrico, entonces, ha



3 PERETI, Cristina de: LAS BARRICADAS DE LA DESCONSTRUCCIÓN. Anthropos N° 93.

levantado sus cimientos sobre la base de esas aspiraciones falaces por imposibles. De manera soterrada –que alberga en su seno “un enorme potencial de violencia”⁴– aglutina toda cultura en esa base que se ensancha cada vez más con nuevos adeptos a la gran doctrina, al gran anhelo. En los pisos altos –Pent-House– se apoltrona el poder y el saber que orienta ese poder que se irradia hacia todos los horizontes y va integrando, absorbiendo, cohesionando, por vía coercitiva, v. g.: FMI, y por vía disuasiva, léase: medios de comunicación (publicidad), a los pensamientos amenazadores de su solidez y los “convierte fatalmente en algo familiar y, por consiguiente, inocuo”⁵.

Los nacionalismos que en los últimos tiempos se han desatado en países que, de alguna manera, representaban una opción alternativa, al menos como referencia de lo otro, aunque también viciada de la misma aspiración homologante de aquella a la cual se oponían específicamente en los medios para lograrlo, llevan en sus entrañas el virus de esa misma homologación contra la cual se han opuesto ofrendando impunemente sus vidas; virus alimentado por la competencia –competitividad se denomina ahora– en una modernidad alentada por la tecnología que pregonaba la felicidad absoluta, asunto que la misma ciencia niega en su principio de falibilidad mediante el cual ésta accede a su propia superación y por consiguiente se producen los avances tecnológicos –signos– materializados de esa superación, que van a ser, como puede verse siempre, prototipos endeble de esa felicidad pregonada por los altavoces de una racionalidad tan mezquina como falsa.

Estos nacionalismos han escapado de una trampa para caer en otra más poderosa, más aberrante. Engañados, creen reivindicar sus individualidades más ancestrales cuando lo que hacen es andar, mansos, inofensivos, por ese “sendero antigravitatorio” (Bradbury), que los conducirá hacia la homologación, hacia la Unidad, es decir, el Uno que, al ser uno no podrá ser Otro, es decir: diferente. “Primero tienes que verte aplastado, ver destruidos tus puntos de vista contradictorios. Tienes que verte borrado del mapa como ser humano para renacer como individuo. Tienes que verte carbonizado y mineralizado para elevarte a partir del número común denominador del yo. Tienes que superar la compasión

4 PERETI, Cristina de: ob. cit.

5 PERETI, Cristina de: ob. cit.

para sentir desde las raíces mismas de tu ser. No se puede hacer un nuevo cielo y una nueva tierra con 'hechos'. No hay 'hechos': sólo existe el hecho de que el hombre, cualquier hombre, en cualquier parte del mundo, va camino de la ordenación... ¡joder, qué claro lo veo ahora! No había donde escoger: tenía que tomar lo que había a mano y aprender a apreciarlo. Tenía que aprender a vivir con la escoria, a nadar como una rata de alcantarilla o ahogarme. Si optas por incorporarte al rebaño, eres inmune. Para que te acepten y te aprecien, tienes que anularte, volverte indistinguible del rebaño"⁶.

Pero las democracias, que siempre han sido la panacea de la autonomía, la autodeterminación, la no injerencia de otros en los asuntos internos de cada país, la libertad de decidir el propio destino nacional, no sólo han estado andando por la vía homologante, que es, en esencia, su fin último, sino que hoy manifiestan más evidente y descaradamente su propósito. No otro es el sentido de los organismos de integración científica, política, cultural, pero fundamentalmente económica, que las democracias aupán y que cada día agrupa más países: Moneda única, idioma oficial único, leyes únicas, mecanismos de transacción económica únicos. La unicidad es inevitable porque es la única forma de llegar. En la unión está la fuerza, dice el dicho fabricado por el pensamiento logocéntrico. Los más débiles se arriman y aceptan las reglas del juego que se les impone, creyendo que también llegarán a ser fuertes, pero sólo harán que los más fuertes adquieran mayor fuerza. Ellos nunca dejarán de ser débiles, esclavos. La homologación asentada en la esclavitud tecnológica.

Los países, de cuya creación y privilegio es la tecnología portadora de la felicidad, el bienestar y el progreso, y desde donde se irradia al resto del mundo toda la estrategia del pensamiento homologante, para satisfacer —complacer— a una sociedad a la cual le han creado necesidades ficticias y que cada vez pide más, como si fuera presa de un hambre insaciable, han concebido la monstruosa idea de la globalización que no es otra cosa sino el aceleramiento del proceso homologante. En la línea de esta idea marchan todos los países, atropellándose, endeudando hasta su soberanía para alcanzar el nivel de progreso que se exige para entrar a este otro concierto —ahora como espectador nada más— que no se parece en nada



al que pensaba Goethe. Este será un concierto de engranajes, chisporroteos de cables y circuitos y zumbidos de máquinas.

La Aldea Global macluhiana adquiere hoy un sentido irrefutable, y no se referirá solamente a la similitud con la aldea rural, en la cual todos los habitantes se conocían entre sí y conocían, casi al momento, lo que sucedía en cualquier punto de ésta. La Aldea Global es la configuración de un mundo "integrado", es decir, comprimido en un chip capaz de procesar información hasta el infinito, pero información codificada desde el logocentro hegemónico, dominante, y repartida por la vía del Internet, del Correo Electrónico, del Multimedia, a todo el orbe y más allá, uniforme y simultáneamente de manera que nadie quede al margen de su influjo y todos se rijan por el mismo esquema de pensamiento. La Gran Pantalla en acción, vigilándonos, educándonos, mimándonos, castigándonos, protegiéndonos, conduciéndonos por la "buena senda". Usuarios nos llaman ahora. La especie Usuaría del Tercer Planeta, superinteligente, eso sí, pues tiene la opción de acceder a todo conocimiento —el único que estará almacenado en los CD-ROOM u otros archivadores y anaqueles electrónicos; el único que se producirá a partir de la uniformidad, de la homologación de la existencia humana— instantáneamente y en el momento en que lo desee; sólo basta oprimir la tecla, sólo basta acariciar al roedorcito de plástico —mouse— y deslizarlo suavemente —¡ay Aladino! sustituyeron tu lámpara— y ya, allí está, materializado, visualizado en colores y tridimensionalmente el conocimiento, lo que quiero saber —lo que uniformemente está hecho para querer saberlo y por lo tanto carente de relación dialógica. Adiós la memoria, el análisis, la síntesis, la reflexión y la contemplación. ¿Para qué esas momias metódicas si no será necesaria la comprensión?

En este concierto que ya suena estrepitosamente opacando las "Voces del silencio", el sonido de la quietud, la melodía del éxtasis y la tranquilidad, la Literatura jugará su papel reflejador de lo que la orquesta interpreta, es decir, de esa realidad aplastante y única, sin diferencias que la hagan viva —por tanto será una realidad muerta—.

Cierto que la literatura ha querido ser —y lo ha sido algunas veces— la expresión de lo diferente, de lo Otro, de lo que anda por la acera de enfrente, pero esto parece haber sido oficio, justamente, de algunos opositores de las homologaciones, de las uniformidades; de seres diferentes; de quienes han intentado hablar de "Los amores difíciles, las heterodoxias profundas, los rostros ocultos, la fantasía ideológica, lo

imaginario social, lo antiinstitucional [...] sobrevivientes de la especie humana en el globo terrestre devastado y sus herederos que descifran las huellas registradas en los jeroglíficos y en las olas sin dejarse llevar sólo por las tarjetas perforadas de las calculadoras electrónicas [de quienes] nos transmiten a la memoria y al lenguaje la historia de sucesión de generaciones”⁷. Ha querido ser, dijimos, y lo ha sido algunas veces: la expresión de lo Otro, porque, auténticamente, la literatura es el discurso –el lenguaje, el idioma, el habla, en fin, la escritura– del imaginario que es lo otro de la realidad real, concreta, palpable, visible; de esa realidad que, por obra del pensamiento logocéntrico, se constituye en reflejo malformado del imaginario, al potenciar en el hombre el anhelo por su preservación como carne, como objeto, es decir, “realizarse” en cosa durable, perpetua, pétreo: Historia, asunto que el imaginario no admite porque éste es transgresión permante, caos, azar, dispersión, diversidad, explosión ininterrumpida, surgimiento y ocultamiento, vida y muerte simultáneas. El imaginario no admite lo temporal –Chronos ¡al carajo!– ni lo espacial como referencias del estar aquí o allá, hoy o ayer, porque en él no habita el transcurso, todo es fulguración, chispazo que se desvanece en el acto mismo de la chispa. La literatura es la manifestación de ese ámbito múltiple, inorgánico, transgresor, violador consuetudinario de toda norma, hacia lo Real, para que éste no se crea amo y señor, verdad absoluta, sino que sepa que, al acecho, en su propio territorio, le ladra lo Otro.

Pero la “Literatura” –la que se avecina: filosofía e historia incluidas, como géneros– tendrá su campo de acción, mejor, su fuente nutriente, en ese vastísimo campo que será el mundo uniformado. Pero esta “Literatura” no es tonta, sabe de la persistencia de lo Otro, que es su enemigo a vencer y para ello cuenta con su más potente aliada: la tecnología –hija de la ciencia– con la cual ha creado un imaginario artificial que denomina “realidad virtual”, y ya tenemos acceso a él mediante sistemas –programas– computarizados. Cascos, lentes, cubículos, pantallas, nos trasladan al centro mismo de las “fantasías” haciéndonos sentir, palpar, oler, experimentar sensaciones reales de miedo, pasión, dolor, alegría, ante acontecimientos que sólo, desde lejos, desde las fronteras limitadoras de la realidad, aquellos osados cronopios –los Poe, Hawthorne, Dickens,



Cortázar, Cervantes, Borges, Baudelaire, Rimbaud, Ramos Sucre, Lautremont, y tantos otros— se atrevieron a mostrarnos. Es posible que estos sigan existiendo —disidentes empeñados en mantenerse en el ámbito de la diferencia, aunque la diferencia sea ya un lugar común, visible a todos los ojos —nos referimos a la diferencia creada, a la artificial: realidad virtual—, pero serán una suerte de ancianos venerables, inofensivos ante la desmesura de lo igual, de lo uniforme, que irán por ahí como vestigios casi borrados de una ilusión esfumada hace ya mucho tiempo y que nadie más ahora, ni comprende.

Entonces, la Literatura será, por fin, UNIVERSAL. El logos único, no expresado en la diversidad y en las diferencias que armónicamente consubstanciadas constituirían lo humano, sino el logos aglutinador, el uniformador, guiará, nutrirá la escena de la Literatura, lo que significará el fin de la literatura. Lo siento por ti, Wolfgang.